

Antonio Domínguez Ortiz

# Carlos III y la España de la Ilustración



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Esta obra –al igual que la edición de *Carlos III y la ciencia de la Ilustración*, de Manuel Sellés, José Luis Peset y Antonio Lafuente, y *La música en tiempos de Carlos III*, de Antonio Gallego–, dedicada a la conmemoración del bicentenario de la muerte de Carlos III, ha sido patrocinada por CAJA DE AHORROS Y MONTE DE PIEDAD DE MADRID en la celebración de su ciento cincuenta aniversario.

Primera edición: 1988  
Cuarta edición: 2020  
Primera reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada  
Ilustración de cubierta: Anton Raphael Mengs: *Carlos III* (Museo del Prado, Madrid)  
© Martín, J. / Anaya  
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Herederos de Antonio Domínguez Ortiz  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1988, 2022  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



ISBN: 978-84-9104-446-8  
Depósito legal: M. 18.079-2016  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

- 17 1. Carlos, infante de España, rey de Nápoles
- 67 2. Carlos III de España. Los primeros años
- 104 3. Los motines de 1766 y sus consecuencias
- 159 4. Política interior y exterior
- 192 5. Población y sociedad
- 240 6. La política religiosa de Carlos III
- 276 7. La enseñanza. La cultura
- 323 8. Geografía de la España ilustrada. Lugares y figuras
- 353 9. América española en el reinado de Carlos III
  
- 390 Fin de una época y balance de un reinado
  
- 399 Bibliografía sumaria



*A SS. MM. Juan Carlos y Sofía,  
en quienes hoy encarna  
la Casa Real de España*



Seu deos regesque canit, deorum  
Sanguinem...

(HORACIO, *Odas*, IV, 2)





El II Centenario de la muerte de Carlos III ha provocado en toda España una oleada de actos conmemorativos de una intensidad sin precedentes: organismos oficiales, paraestatales y particulares han puesto en marcha publicaciones, conferencias, exposiciones y otras actividades que dejarán estela perdurable, para mayor y mejor conocimiento de aquel monarca y de la España de su tiempo. Con estas actividades se rinde tributo no sólo a un rey, sino a unos personajes, a unas instituciones, a todo un pueblo que tras largo período de decadencia hicieron esfuerzos por «restaurar» su país y tratar de que volviera a tener en el mundo el puesto que le era debido. Españoles europeos y españoles americanos colaboraron en esta gran empresa, unos con la pluma, otros con la espada, en tertulias provincianas, en modestas Sociedades Económicas, en exploraciones que agrandaban los límites del dominio sometido a la Monarquía hispánica, mejoraban

los mapas y enriquecían los gabinetes de Historia Natural. Todos ellos pertenecían a la Ilustración, que no fue sólo pensamiento, sino acción. Las desdichas posteriores contribuyeron a idealizar una época que, como todas, tuvo luces y sombras, aciertos y errores. El reinado de Carlos III quedó entregado a disputas ideológicas, a luchas de partido. Unos le reprochaban sus «audaces reformas», otros sus «tímidas reformas», pero todos convenían en la importancia de los veintinueve años que reinó Carlos III en España. Adicionándole sus veinticinco de reinado anterior en Nápoles, forman un total no alcanzado por ningún otro soberano en la historia de España, y por muy pocos en la historia universal.

La trascendencia de este reinado justifica el presente alud de conmemoraciones, que no sólo denota un interés por los hechos conmemorados, sino que tiene un valor de símbolo; significa que la España actual, en su inmensa mayoría, superados partidismos y rencores, asume su pasado, enaltece sus grandes figuras, se esfuerza por comprender y situar en su ambiente los hechos, las ideas, incluso aquellas que no tienen ya vigencia, pero que en su momento representaron una opción legítima y enriquecieron el patrimonio histórico de nuestra nación.

El presente libro es una muy modesta aportación a la memoria de Carlos III y de su España; no contiene novedades sensacionales, ni galas de estilo que están más allá de la capacidad de su autor, ni disquisiciones eruditas que estarían fuera de lugar en un libro pensado para un público extenso, dotado de una formación general y deseoso de saber quién fue aquel señor de nariz ganchuda, de rostro curtido por las intemperies a quien no caen

muy bien los armiños y terciopelos con que lo representaron los pintores regios. ¿Quién fue? ¿Qué hizo para que hoy su memoria sea celebrada con tanto estrépito? ¿Quiénes le ayudaron y quiénes le resistieron? Éstas son las preguntas que hemos intentado contestar. Se alza el telón en un escenario de música barroca, doradas casacas y empolvadas pelucas. Cuando cae se adivina el rumor confuso y lejano de la inminente tempestad que asolará Europa entera.



# 1. Carlos, infante de España, rey de Nápoles

En 1700 murió Carlos II, último de los Habsburgo españoles. Tras largas vacilaciones, dejó su inmensa herencia a Felipe de Anjou, nieto de Luis XIV, con la esperanza de que, amparada por el poderío del monarca francés, se mantuviera íntegra aquella fabulosa herencia. Sus deseos no se cumplieron, y tras doce años de guerra los dominios europeos de los Austrias hispanos eran divididos en provecho, sobre todo, del Imperio Austriaco; Carlos VI, ya que no pudo llegar a ser rey de España y sus Indias, obtenía por el tratado de Utrecht compensaciones sustanciales: los Países Bajos españoles, que hoy integran el reino de Bélgica, el ducado de Milán y los reinos de Nápoles y Cerdeña. Más tarde permutó ésta por Sicilia, quedando Cerdeña para el duque de Saboya, que al fin conseguía el título real como premio a una larga serie de luchas diplomáticas y guerreras.

Entre todas las pérdidas que experimentó España en Utrecht, hoy la de Gibraltar nos parece la más grave, pero entonces se sintió como la más dolorosa la de los territorios italianos, tan vinculados a España por afinidades racionales, influencias culturales y legados históricos. Tampoco los italianos se sintieron nada felices con el cambio de dueño; la mentalidad germánica, aunque más eficiente que la administración española, les resultaba extraña, y los modales imperiosos de los austriacos les enajenaron las escasas simpatías que pudieran haber tenido. Dueña de Milán al norte, de Nápoles al sur, con derechos feudales sobre Toscana, Parma y otros pequeños estados, Austria aspiraba al control total de la Península Itálica. Ni siquiera el Papado, dada la situación de Roma, pudo resistir aquella presión.

Tal estado de cosas fue aprovechado por Felipe V para tratar de socavar las estipulaciones de Utrecht, por lo menos en lo concerniente a Italia. Había encontrado el primer rey borbónico un apoyo en castellanos y andaluces que quizá traducían su esperanza de que la nueva dinastía enmendara los vicios de la anterior. Gracias a ese apoyo, cuando la guerra parecía irremisiblemente perdida ante la poderosísima coalición internacional que le hacía frente, cuando su abuelo Luis le instaba a renunciar al trono español, Felipe V consiguió afianzarse en él. De paso quedó demostrado que no era España una nación moribunda; por graves que fuesen los impactos sufridos con los desastres del siglo XVII, aún había en la Península y en sus posesiones americanas recursos inagotables que sólo aguardaban ser mejor administrados. No había supuesto el cambio de dinastía ninguna inte-

rrupción en el curso profundo de la vida española; subsistía la viciosa y anquilosada organización social; persistía el retraso económico; se mantenía el gravoso sistema impositivo; no había desaparecido la venalidad de oficios. En el terreno de las mentalidades, 1700 tampoco fue una divisoria; igual religiosidad, sincera, barroca y poco ilustrada; iguales vicios en el sistema educativo. Apuntaba un limitado renacer de los saberes científicos, un afán, en puntos muy concretos, de participar en la gran renovación científica que se estaba operando en Europa. Algunos destellos de sentido crítico, pobre actividad literaria, con géneros enteros, que habían sido punteros, prácticamente muertos (el drama, la novela picaresca) y un panorama, no muy brillante, pero algo más favorable, en el dominio de las artes plásticas.

Nada de esto cambió (no hubiera sido lógico que cambiara) con la mudanza de dinastía. Pero sí se implantó un nuevo estilo de gobierno, que en cierto modo reaccionaría sobre todo el resto de la actividad social. Se restauró la autoridad real, muy disminuida en el reinado anterior, a expensas del poder de la aristocracia y de la Iglesia. Las órdenes que emanaban de Madrid fueron mejor cumplidas; la vetusta maquinaria estatal, funcionando a toda presión, proporcionaba rendimientos que antes parecían imposibles de alcanzar, y así fue como se arbitraron medios para sostener la Guerra de Sucesión, que además de una guerra internacional fue, dentro de España, una guerra civil. Con la misma diligencia se aprestaron más tarde las escuadras y los ejércitos que combatieron en Italia, y estas pruebas de renovada vitalidad impresionaron más allá de nuestras fronteras y elevaron el muy de-

caído prestigio de España como potencial mundial. Claro está que nada de esto hubiera sido posible si no se hubieran reforzado también los órganos internos de la administración, haciéndola más rápida y flexible. Una de las medidas más significativas fue la creación de intendencias, grandes espacios sometidos a la autoridad de un funcionario nombrado por la Corte, con amplias atribuciones militares y civiles. Derivaba, como varias otras, del modelo de monarquía burocrática, autoritaria y (hasta cierto punto) centralizada que los Borbones habían puesto a punto en Francia.

La pieza central de esta maquinaria era el rey. Si la incapacidad de Carlos II la había puesto al borde del colapso, su febril actividad con la nueva dinastía habría que atribuírsela a Felipe V. Pero ésta sería una deducción apresurada, pues la personalidad de aquel rey era muy compleja. Nacido en Versalles, en 1683, el duque de Anjou, el futuro Felipe V, no era francés más que a medias en cuanto a su ascendencia; por su abuela María Teresa y su bisabuela Ana de Austria, llevaba en sus venas sangre de los Habsburgo, es decir, sangre austriaca, borgoñona, española y portuguesa. Lo que no obstaba para que se sintiera profundamente francés y añorase hasta el fin de sus días aquel palacio y aquellos jardines en los que había transcurrido su infancia ¿Se había deslizado hasta él, a través de complicados vericuetos biológicos, algún ramalazo de la locura que azotó a la princesa Juana y al príncipe don Carlos? En todo caso, ya fuera en virtud de herencia genética o de cosecha propia, Felipe, si no llegó a la locura completa como su hijo Fernando, la frisó en muchas ocasiones y por espacios de tiempo muy prolongados.



Esa tendencia a la depresión parece haber sido la verdadera razón de su abdicación en 1724, de las posteriores tentativas que hizo en el mismo sentido y del sinfín de extravagancias que trascendieron al público a pesar de los esfuerzos de su consorte por ocultarlas. Intercaladas con las fases depresivas, había otras en las que denotaba que no carecía de excelentes cualidades intelectuales y morales que hubieran hecho de él un óptimo gobernante en otras circunstancias; pero sus propias carencias de una parte, la sombra de Francia (ya en forma de tutela del abuelo, ya de aspiraciones a sucederlo), el escaso conocimiento de España y los españoles, el aislamiento de la Corte, donde campaban los extranjeros como en país conquistado, causaron en sus súbditos un sentimiento de desilusión, exteriorizado en sátiras, pasquines y demás formas de la literatura panfletaria. En ella se criticaba la influencia de los extranjeros y se lamentaba que los recursos que se extraían de España se pusieran al servicio de empresas que no eran de interés nacional.

Esta acusación estaba ampliamente justificada en el desarrollo de la política internacional. El esfuerzo hecho en la Guerra de Sucesión se justificaba por el deseo de evitar la desmembración de la Monarquía. Pero las guerras subsiguientes, que apenas dejaron intervalos pacíficos en el largo reinado, mezclaron intereses estrictamente nacionales con otros que no lo eran tanto. Entre los primeros estaban los esfuerzos por enmendar las consecuencias más funestas del tratado de Utrecht, singularmente la pérdida de Gibraltar y Mahón. También, la defensa de los dominios americanos de las apetencias

británicas. Pero las guerras más costosas y prolongadas tuvieron como teatro Italia, y aunque pudieran justificarse con la secular presencia española en aquellas tierras, con el tiempo se hizo evidente que el verdadero motivo era colocar allí a los hijos de Isabel Farnesio. La apatía del rey, su subordinación a una voluntad más fuerte, la confusión existente entre intereses estatales e intereses dinásticos trajeron como consecuencia el predominio de ese concepto patrimonial de la Monarquía que resultaba un tanto arcaico en el siglo XVIII. Es verdad que en ese mismo siglo el emperador Carlos VI de Austria (fallido rey de España) orientó su política exterior hacia una finalidad también puramente dinástica: asegurar la herencia imperial en su hija María Teresa.

Felipe V tuvo una colaboradora eficaz en su primera mujer, María Luisa de Saboya, pero su muerte prematura en 1714 dejó un vacío que había que colmar rápidamente, porque Felipe V aliaba una religiosidad exagerada con un temperamento ardiente. No quería una favorita, quería, necesitaba, una esposa legítima. La elegida fue Isabel Farnesio, hija del príncipe Eduardo III de Parma y de Dorotea Sofía, duquesa de Baviera. Bella, instruida, de carácter enérgico y enormemente ambiciosa, llegó a dominar por completo a su marido a costa de plegarse a las exigencias de su absorbente sensualidad. Su llegada a España marcó un cambio completo en el personal y las directrices de gobierno; aun antes de reunirse con su esposo desterró de España a la princesa de los Ursinos, cuya influencia hasta entonces había sido omnipotente. Don Melchor de Macanaz fue la víctima inmediata, y con él cayó el nuevo sistema administrativo que había

ensayado. Los consejeros franceses fueron reemplazados por otros, en parte de Italia; entre ellos destacó el intrigante abate Julio Alberoni, que durante un trienio (1715-1718) puede decirse que fue el árbitro de la política exterior española. Parmesano como la reina, el secreto de su encumbramiento estuvo en que puso toda su actividad al servicio de sus designios.

Felipe V había tenido de su primer matrimonio dos hijos varones que reinaron sucesivamente: Luis y Fernando. Isabel Farnesio le dio otros siete, hacia los cuales volcó su ilimitado amor maternal. Previendo que no podrían reinar en España (el destino, en este punto, sobrepasó sus esperanzas) les buscó amplias compensaciones, y todos las alcanzaron, excepto el infante Francisco, muerto apenas nacido, en los inagotables recursos del Imperio hispánico: Carlos reinaría en Nápoles, y luego en España; Felipe sería duque de Parma, y Luis Antonio recibiría la mitra de Toledo, siendo todavía niño; llegado a la edad adulta abandonó la púrpura cardenalicia para casarse con doña María Teresa de Vallabriga.

Las infantas gozaron también espléndidas situaciones: María Ana se casó con el rey José I de Portugal; María Teresa fue la primera esposa del Delfín de Francia y María Antonia, casada con Víctor Amadeo de Saboya, llegó a ser reina de Cerdeña. Pero entre todos sus hijos fue el primogénito su predilecto.

Nació don Carlos en Madrid el 20 de enero de 1716, y el 25 fue bautizado en San Jerónimo por el arzobispo de Toledo con el ceremonial acostumbrado. Apenas nacido, ya la Farnesio revolvía Roma con Santiago para conseguirle una corona en Italia. Era ella titular de los derechos a la

herencia de los ducados de Parma y Toscana, ambos sin sucesión directa. Como preparativos a una intervención militar en ellos, Alberoni organizó las expediciones a Cerdeña (1717) y Sicilia (1718). Ambas islas cayeron rápidamente en poder de las tropas españolas, eficazmente secundadas por las poblaciones, muy descontentas con los nuevos dominadores (austriacos y piamonteses) que el tratado de Utrecht les había impuesto. Se consideró generalmente que estas acciones eran una reacción contra las estipulaciones de aquel tratado, pero el desarrollo de los acontecimientos demostró que eran una operación preliminar al desembarco en las costas de Toscana, donde España poseyó, desde el siglo XVI, algunos puertos que podían utilizarse como cabezas de puente hacia el interior. La reacción de las potencias, unidas en una Cuádruple Alianza (Francia, Inglaterra, Holanda y el Imperio austriaco) desbarató estos proyectos; la escuadra española fue deshecha por la inglesa frente a las costas de Sicilia, y privadas de refuerzos y de suministros exteriores, las tropas que guarnecían esta isla y la de Cerdeña se vieron forzadas a capitular. Alberoni fue despedido, y los reyes de España se impusieron un compás de espera en sus proyectos hasta que surgiera otra oportunidad, que no tardaría en ofrecerles el complicado tablero diplomático europeo.

Entre tanto, el pequeño infante se educaba dentro de las normas ceremoniosas que regían la vida de las personas reales. La estructura de la Corte española, menos abierta que la francesa, no sufrió cambios sustanciales con la llegada de la nueva monarquía; hubo importantes innovaciones, por ejemplo, la creación de la Guardia de Corps y la expulsión de enanos y bufones del real pala-

cio, por consejo, acertado sin duda, de Luis XIV. Pero Yves Bottineau tiene razón al afirmar que ni estos cambios, ni la llegada de numerosos servidores extranjeros, ni las pasajeras reducciones de personal dictadas por la escasez de recursos tuvieron carácter estructural. En cuanto a la organización de los servicios, el ceremonial, el calendario y la peculiar atmósfera que en ella se respiraba, la Corte de los Borbones siguió siendo la misma que tras la introducción de la etiqueta borgoñona que había delineado Carlos V.

Aquella atmósfera palatina estaba bastante alejada de la sociedad española y, sin embargo, tenía con ella curiosas semejanzas: como ella, primaba los valores religiosos y nobiliarios y mostraba tremendos contrastes, desde los altos cargos bien retribuidos y colmados de privilegios a la muchedumbre de humildes servidores, más de una vez forzados a abandonar su empleo porque no lograban cobrar sus retribuciones. Entre ambos extremos, una multitud de burócratas, militares, capellanes, ayos, nodrizas y profesionales de todas clases. El real palacio, el viejo alcázar de los Austrias, destinado a ser pronto consumido por el fuego, era una verdadera ciudad que gastaba y consumía sin tasa y albergaba miles de personas. Como lugares de recreo, la familia real disponía dentro de Madrid del palacio del Buen Retiro, y en las inmediaciones, de los Reales Sitios: ante todo, El Escorial y Aranjuez, donde era costumbre que la Corte hiciera largas estancias. En segundo término, El Pardo y Valsaín. Excepto El Escorial, que debió su origen a más altos designios, empezaron siendo simples cazaderos, elevándose luego su rango mediante lujosas construcciones, sin